

## Estados Unidos en un mundo en transición\*

*Clyde V. Prestowitz*

La gente siempre me pregunta sobre el libro que escribí, *Rogue Nation*: ¿Qué quieres decir al aplicar el concepto de *Rogue Nation* a Estados Unidos? ¿Piensas que Estados Unidos es como Iraq y Corea del Norte? Por esta razón, siempre les relato la siguiente historia, a fin de ilustrar lo que estoy tratando de decir.

Con el objeto de entender mejor esta historia hay que darse cuenta de que, en los últimos años, en Estados Unidos mucha gente se preocupa por la protección de ciertas aves raras. Aves como el águila real, el búho moteado o el cóndor de California están prácticamente en proceso de extinción. Solamente quedan unas cuantas de este tipo, por lo que tenemos leyes muy estrictas para protegerlas. Es ilegal matarlas ya que se trata, por el contrario, de preservar su especie. Bien, la historia es como sigue:

En California, había un excursionista paseando por un bosque a lo largo de la costa del Pacífico, que fue arrestado por haber cazado y comido un cóndor de California, un ave muy rara, protegida. Con el tiempo fue juzgado por una corte. El caso parecía muy fácil ya que el acusado había admitido el deli-

---

\*Conferencia magistral presentada durante la XV Reunión de Embajadores y Cónsules de México, que tuvo lugar en la Cancillería, los días 7 y 8 de enero de 2004 (versión original en inglés).

to, así que el único asunto pendiente era saber cuánto tiempo iba a permanecer en la cárcel: 10, 15 años, o lo que fuera. El fiscal, por su parte, pidió la máxima sentencia; es decir, 25 años en prisión.

El juez dijo entonces al acusado: “Mire, se ve que éste es un caso cerrado. ¿Tiene, sin embargo, algo que decir en su defensa?” Y el excursionista respondió: “Sí, de hecho sí... Verá usted, he caminado durante tres días y tres noches sin ningún alimento y agua. Me sentía exhausto justo cuando vi al cóndor. Recogí una piedra, se la tiré, lo maté, lo comí, y caminé durante otros tres días con sus noches, antes de encontrarme con la civilización. Si no hubiera cazado y comido al cóndor, ustedes no habrían podido sentenciarme el día de hoy”.

El juez estaba muy impresionado y, en vista de las circunstancias tan especiales —dijo—, iba a suspender la sentencia. El hombre le agradeció y, estaba a punto de salir de la Corte, cuando el juez lo llamó y le dijo: “Por cierto, ¿qué sabor tenía el cóndor?” Tras una breve pausa, el excursionista respondió: “Pues, para ser honesto, señor juez, tenía un sabor entre águila real y búho moteado”.

Esta historia representa quizás una manera de pensar acerca de Estados Unidos en el actual escenario mundial. Voy a hablar sobre algunas cosas de las cuales ustedes estarán seguramente al tanto, pero que, dichas ante una audiencia estadounidense, causan sorpresa y hasta escándalo. Desde el 11 de septiembre, en Estados Unidos nos hemos preguntado a nosotros mismos: ¿Por qué nos odian? La respuesta puede ser o muy concreta o muy general. De manera concreta quiere decir: ¿Por qué nos odia Al Qaeda? ¿Por qué nos odian los terroristas? Y, más en general, la pregunta significa: ¿Por qué Estados Unidos es sujeto de críticas y de un sentimiento de alienación alrededor del mundo?

En Estados Unidos todos recuerdan el 11 de septiembre y pocos el día siguiente cuando, tras los ataques terroristas, el mundo entero demostró una enorme simpatía hacia Estados Unidos. Los franceses ondearon su bandera a media asta. El periódico *Le Monde* mostraba este encabezado: “Todos nosotros somos americanos”. Las embajadas en Londres, Moscú, Beijing y Singapur estaban cubiertas de flores.

El mundo nos estaba diciendo, por consiguiente, que no nos odia. Al mismo tiempo, sin embargo, las encuestas globales de opinión pública continuamente demuestran un declive en los sentimientos positivos que la gente alrededor del mundo tiene hacia Estados Unidos. Así que nos hemos estado preguntando: “¿Por qué el mundo entero nos odia?” Y nos hemos estado respondiendo: “Nos odian porque envidian nuestros éxitos y logros, porque odian nuestra libertad, o simplemente porque somos el país número uno, y el número uno es siempre criticado”.

Éstas son respuestas convenientes y hay algo de verdad en ellas, pero no toda la verdad. Son convenientes porque nos quitan de encima la responsabilidad de pensar en nuestro propio comportamiento y en cómo impactamos al resto del mundo. De ahí la importancia de escharbar por debajo de la superficie y observar algunos factores que han causado un deterioro significativo en relación con las posturas que los demás países tienen hacia Estados Unidos.

En otoño, el presidente Bush asistió a la Cumbre del APEC, en Bangkok, y luego viajó a Australia, país con el que Estados Unidos ha tenido muy buenas relaciones hasta ahora, uno de nuestros más cercanos aliados. No obstante, el presidente fue interrumpido cuando se dirigió al Parlamento, no sostuvo conferencias de prensa, ni hizo importantes apariciones en público. Poco tiempo después, realizó una visita de Estado a Gran Bretaña, país con el que históricamente Estados Unidos ha tenido una relación muy especial. Ahí, tampoco hizo ninguna

aparición pública importante por miedo a grandes manifestaciones, ni se dirigió al Parlamento, como se hubiera esperado, ni sostuvo conferencias de prensa. Lo anterior quiere decir que, si el presidente estadounidense obtiene este tipo de recepción en Australia y Gran Bretaña, países que son los aliados más cercanos a Estados Unidos, en el mundo ha surgido un sentimiento de alienación hacia este país por varias razones.

La primera razón se debe a un cambio dramático en la política exterior estadounidense, en particular en materia de política de seguridad. Durante la guerra fría Estados Unidos adoptó una política multilateralista, y dejó así atrás su tradicional política unilateralista. Históricamente, Estados Unidos ha sido una potencia unilateralista. Se ha visto a sí mismo como un país excepcional. Esta característica de país excepcional significa que, desde su fundación, había la sensación de que, de alguna manera, Estados Unidos estaba destinado a ser no sólo una gran potencia, sino un modelo para el resto del mundo. Desde un principio tenían la noción de que no sólo estaban en el Nuevo Mundo, sino de que estaban construyendo una nueva sociedad, más justa, mejor, más eficiente, más recta que el corrupto Viejo Mundo que habían dejado atrás en Europa. Y el gran éxito de Estados Unidos sólo reforzó esta suerte de noción de un destino especial que les estaba deparado. Su riqueza y poder parecieron ser, por consiguiente, manifestaciones de esta noción de "país de excepción".

A lo largo de toda su historia, desde 1776 hasta la primera guerra mundial, Estados Unidos no tuvo aliados; actuó por su propia cuenta, de manera unilateral. Pero, en 1945, al finalizar la segunda guerra mundial, cambió por completo su política. Adoptó entonces un concepto de sistema global, multilateral, con base en una desigual norma de ley sostenida por instituciones como las Naciones Unidas, el Banco Mundial, la Organización Mundial del Comercio, el Fondo Monetario Internacional, insti-

tuciones que Estados Unidos fundó y ayudó a crecer, defendidas por alianzas como, entre otras, la Organización del Tratado del Atlántico Norte.

A pesar de su enorme poderío, en 1948 Estados Unidos se comprometió a un sistema de consenso y consultas. Y, aunque, por lo general los estadounidenses se salían con la suya, había un compromiso para consultar y llegar a consensos.

Esta estrategia, sin embargo, se ha derrumbado. Desde el 11 de septiembre, Estados Unidos argumenta que sus intereses son tan distintos de los de otros países y el mundo ha cambiado tanto, que su estrategia de contención no opera más. Según señalan los neoconservadores, la política de contención, que predominó durante la guerra fría, probó que ya no funciona con los últimos ataques terroristas. Así, Estados Unidos tuvo que adoptar su propia política de prevención, de asestar el primer golpe, lo cual representa un cambio dramático y alarmante.

La segunda razón se debe a la cooperación, o a la falta de ésta, que se ha seguido durante los últimos 40 años en materia de tratados internacionales. Uno de los eventos que se ha convertido en una especie de símbolo del nuevo unilateralismo estadounidense fue el rudo rechazo, por parte de Estados Unidos, al Protocolo de Kioto sobre el Calentamiento Global. En mi opinión, es una lástima que este tratado se haya vuelto símbolo del unilateralismo estadounidense y una especie de bandera enarbolada por la crítica antiestadunidense, porque no me parece que se trate de un buen tratado. Es desequilibrado, fue hecho para no llevarse a cabo y, de alguna manera, resulta injusto para Estados Unidos. El presidente Clinton no lo sometió al Congreso pues era claro que éste no lo aprobaría. Ahí estaba, nadie le prestaba atención, y así habría seguido; sin embargo, acorde con esta nueva política estadounidense, el gobierno tomó el tratado y dijo en voz alta al mundo entero: "No vamos a firmar este tratado; de hecho, vamos a borrar nuestro nombre".

Y si sólo se tratara de Kioto. Pero, ahora que hemos capturado a Saddam Hussein, resulta interesante preguntar: ¿qué vamos a hacer con él? ¿Se le va a juzgar ante una corte? ¿Se le va enviar a la bahía de Guantánamo? ¿Qué vamos a hacer con él? Bueno, hay una corte que fue creada justamente para tratar situaciones como la de Hussein: la Corte Internacional de Justicia. Estados Unidos impulsó su creación y encabezó las negociaciones que concluyeron en el tratado. Todos los países aliados lo firmaron, con excepción de los estadounidenses. De hecho, han lanzado una especie de *jihad* en su contra, y han presionado a países como Rumania y las Islas Salomón para llegar a acuerdos bilaterales especiales con el fin de quedar exentos de este tratado.

Hablemos ahora de armas de destrucción masiva. La peor arma de destrucción masiva es la AK47. Cada año, en las selvas de África, en Colombia o en Asia Central, un gran número de muertes es causado por esta pequeña arma, más que por cualquier otra. Hay un tratado sobre el control de armas de destrucción masiva, que todo el mundo ha firmado, menos los estadounidenses. Asimismo, mucha gente muere, por lo general mujeres y niños, por causa de los campos minados. Niños y niñas que juegan, o mujeres que van al mercado, mueren o quedan lisiados. Existe también un tratado sobre la eliminación de campos minados, que igualmente ha sido firmado por todos, pero no por Estados Unidos. Nosotros —los estadounidenses— no podemos firmar ningún tratado. Ya sea que se trate de los derechos de los niños, de genocidio, de química, etcétera, no podemos firmar ningún tratado.

De esta suerte, el mensaje que llega al resto del mundo es el siguiente: los estadounidenses piensan que son diferentes. Ellos dicen: “Nosotros sabemos que somos buenos. Ustedes saben que tenemos buenas intenciones. Ustedes saben que somos buenas personas. No vamos a hacer nada malo; así que hay

una serie de reglas para ustedes y otra para nosotros”. Y, en mi opinión, cuando se trata de ganar amigos, ésta no es la mejor manera.

La tercera causa de la alienación se debe a una serie de comportamientos estadounidenses, y la mejor manera de ilustrarlo es pensar en las negociaciones de la Organización Mundial del Comercio (OMC), la Ronda de Doha, que se realizó en otoño en Cancún. Se supone que ésta es la ronda del desarrollo; de las negociaciones comerciales, que se ocupa especialmente de las necesidades de los países en desarrollo. En el centro de las negociaciones se encuentra el tema de los subsidios agrícolas, puesto que la mayor parte de estos países son grandes productores agrícolas y es ahí donde pueden tener una ventaja comparativa a nivel internacional. Desafortunadamente, a lo largo de todos los años de negociaciones internacionales de la OMC, el sector de la agricultura ha sido el más protegido por los países desarrollados. La Ronda de Doha debía tratar precisamente de eso.

Y, justo ahí en el corazón del tema de la agricultura, está el del cultivo del algodón. En la actualidad, el algodón crece en muchos países en desarrollo, en el oeste de África, en Mali, Senegal, Egipto, Paquistán. También en Estados Unidos, en particular, en Misisipí. En Mali, el algodón se cultiva en granjas pequeñas, de una o dos hectáreas, por granjeros que son parte de familias numerosas. Utilizan bueyes y arados; no tienen mucho dinero para el fertilizante y están esperanzados en que llueva. En Misisipí, el algodón se cultiva en granjas de 10 000 acres. Los granjeros manejan tractores con aire acondicionado; cuentan con sistemas de satélite, así que utilizan la cantidad exacta de fertilizante, dependiendo de las condiciones atmosféricas.

En los últimos años, la exportación estadounidense de algodón se ha elevado, lo que ha dado lugar a una sobreabundancia

de este producto en el mercado internacional. Como consecuencia, los precios han caído 40%. La gente en el oeste de África se está literalmente muriendo de hambre; cada año obtienen menos por su algodón. Al ver esto, uno podría pensar: otra tragedia en África, que parece condenada a las tragedias, pero, ¿qué podemos hacer? Por supuesto, mandarles ayuda. Darles cosechas alternativas, aunque, obviamente, bueyes y arado no pueden competir con tractores con aire acondicionado.

En Mali cuesta 23 centavos cosechar una libra de algodón; en Misisipí, 82 centavos. Lo anterior supone una paradoja: mientras que los productores que más caro cobran por su trabajo están extendiendo su producción y exportación, los productores que menos piden se están muriendo de hambre. ¿Cómo explicar esto? No fue lo que Adam Smith dijo. De hecho, toda esta problemática se resume en una sola palabra: subsidios. En Estados Unidos, los 25 000 granjeros que cosechan el algodón obtienen al año tres billones de dólares en subsidios; cada uno de estos granjeros obtiene un promedio neto de ganancia de casi un millón de dólares. Y, en Cancún, Estados Unidos no hizo ningún esfuerzo por comprometerse a reducir sus subsidios al algodón.

Ésta no fue la única razón por la que Cancún fracasó, pero es representativa de una conducta —la del líder mundial—, que al resto del mundo le parece contraproducente. Y, si atamos cabos, nos damos cuenta de que el oeste africano es musulmán.

En los últimos años ha habido una permanente inmigración al oeste africano de gente del clero islámico —principalmente de Arabia Saudita— que predica la radical doctrina Wahabi del Islam. Son escuchados, tienen dinero. Los niños asisten a sus escuelas porque no hay otras, y aprenden la rama Wahabi del Islam, que pone el énfasis en el *jihad* y en actitudes antioccidentales. El hecho de ser pobres los hace susceptibles a estos mensajes.

La suposición de que uno de estos niños, graduado de una de estas escuelas, decidiera unirse a Osama bin Laden y hacerse parte del *mujahedin*, nos lleva a otra conducta estadounidense. ¿Por qué es peligroso Osama bin Laden? Porque tiene dinero. Si no lo tuviera, no podría comprar armas ni hacer nada. ¿De dónde proviene el dinero? De la venta de petróleo en el Medio Oriente. ¿Quién compra ese petróleo? Mucha gente, en particular, los estadounidenses, hecho que me lleva a otra interesante yuxtaposición.

Hace dos años, el *Washington Post* llevaba un dramático encabezado: “Operación Anaconda”: la busca de Osama bin Laden en las montañas de Afganistán. En la página 19 de ese mismo periódico, sin embargo, había un artículo sobre el debate en el Senado estadounidense en relación con la aplicación del CAFE a los jeeps (leyes que regulan el consumo de gasolina por milla recorrida en los automóviles). En 1978, al final de la segunda crisis petrolera, los autos estadounidenses daban 13 millas por galón de gasolina. El Congreso pasó entonces una ley según la cual esta cifra debía doblarse en un periodo de 10 años; así, para 1988 los autos daban 26 millas por galón. Hoy en día dan 19. ¿Cómo explicar esto? ¿Estamos acaso retrocediendo?

Resulta que la ley se aplicaba a los autos, pero no a los camiones, y, técnicamente, los jeeps están clasificados como camiones. Ahora bien, en los últimos 10 años todo el mundo empezó a manejar jeeps, que dan 16 millas por galón. En consecuencia, el consumo promedio de gasolina por milla recorrida se ha ido para abajo, razón por la cual el Congreso está debatiendo una propuesta para aplicar la ley a los camiones de la misma manera que se aplica a los automóviles, en contra de lo cual opinaban algunos senadores, sin pensar en la conexión que había entre el encabezado del *Washington Post* y el artículo de la página 19.

En mi opinión, hay una conexión entre Osama bin Laden, Al Qaeda y el consumo de gasolina por milla recorrida en los camiones y los jeeps estadounidenses. La conexión es que nosotros, a través de este arbitrario consumo de energía, estamos cimentando nuestro propio castigo; en este caso, Al Qaeda. Así, el pobre niño de Mali, que se está muriendo de hambre a causa del subsidio estadounidense al algodón, se une al *mujahedin*, el cual, a su vez, es patrocinado por la compra estadounidense de petróleo. Este niño se une al Talibán; posiblemente morirá en alguna remota parte de Afganistán, y nosotros diremos que es la victoria, que estamos ganando la guerra. Yo no creo que la estamos ganando.

La guerra en Iraq y sus consecuencias ha sido, por supuesto, el evento más dramático en los últimos tres años. La guerra ha sido la manifestación más concreta de la nueva estrategia estadounidense de prevención. Se justificó por la existencia de armas de destrucción masiva, y casi inmediatamente después se comprobó su inexistencia. Se justificó asimismo sobre la base de conexiones entre Iraq y grupos terroristas, en particular Al Qaeda, lo que también resultó inexistente. Hoy se justifica con el supuesto de democratizar el Medio Oriente y proporcionar así una nueva forma de vida, no sólo a Iraq, sino a toda la región.

Existe, ciertamente, el deseo de crear una democracia en Iraq y en el Medio Oriente, pero, desde mi punto de vista, ésta no fue la verdadera razón para la guerra. La justificación real fue el deseo de demostrar el poder estadounidense; hacer algo drástico que mostrara al mundo que no se puede jugar con Estados Unidos, y Saddam Hussein parecía un blanco fácil. Nadie en el mundo lo quería. Era uno de los grandes monstruos de la historia. Tras 10 años de sanciones y restricciones estaba debilitado. Se pensó que sería fácil derrocarlo y que los iraquíes estarían contentos; que todo volvería a la normalidad. Se pensó que el

costo en reconstrucción se podía pagar con las ventas del petróleo iraquí. Asimismo, se creía que una reforma en aquel país facilitaría movimientos a favor de la democracia en el resto de Medio Oriente, que socavaría el apoyo al terrorismo en Israel y Palestina, y llevaría a la conclusión de un acuerdo de paz entre estos dos últimos países.

Uno de los problemas en la guerra preventiva es la labor de inteligencia. Ésta tiene que ser excelente, acertada; de lo contrario, resultaría muy difícil convencer a la opinión pública una segunda vez. Obviamente, en el caso de Iraq, la inteligencia estadounidense se equivocó. Sus suposiciones eran románticas, pero no realistas. Por eso Estados Unidos se encuentra en una situación muy difícil, que se acentúa por el unilateralismo, que lo ha privado del apoyo de organizaciones mundiales, las Naciones Unidas en este caso, al igual que de aliados como Alemania, Francia y otros.

Dada la situación actual del mundo, Estados Unidos puede preguntarse si hoy está más seguro que antes de la captura de Saddam. Seguramente, la mayoría de los estadounidenses diría que sí. Sin embargo, Osama bin Laden sigue ahí. La operación iraquí sólo distrajo la atención. De hecho, el Talibán está adquiriendo mayor fuerza en Afganistán. Y, a propósito de democracia y aliados, uno de nuestros más importantes aliados en esa región es Paquistán, donde no hay democracia, y me pregunto si alguien en Estados Unidos quiere que la haya, pues, de haber elecciones libres en ese país, es muy probable que se elija a alguien como Osama bin Laden.

El presidente Musharraf ha escapado a dos intentos de asesinato. Si fuera asesinado, es muy probable que Osama se lance por el control de Paquistán, que cuenta con armas nucleares y misiles balísticos. Además, no es imposible pensar en una situación parecida en Arabia Saudita. ¿Estamos entonces más seguros que antes?

Habr  un debate intenso en Estados Unidos; al respecto, identifico tres campos de acci3n, en particular en Washington. En primer lugar están los neoconservadores como Paul Wolfowitz, Richard Perle, Doug Fife, sus aliados en la prensa y otros más. Son ide3logos, convencidos de que Estados Unidos está en lo correcto. Que Estados Unidos, el modelo democrático neoliberal y de capitalismo del mercado, no s3lo es un buen modelo, sino el mejor. Por lo tanto, Estados Unidos, que en la actualidad tiene un poder sin precedentes, está obligado a utilizarlo para extender este modelo alrededor del mundo; de ser necesario, a través de la fuerza militar. Ellos fueron los autores intelectuales de la invasi3n a Iraq, del concepto *eje del mal* y de la estrategia estadounidense hacia Corea del Norte.

En el segundo campo de acci3n se encuentran el secretario Rumsfeld y el vicepresidente Cheney. Son muy nacionalistas, pero no ide3logos. La mayoría son veteranos de la guerra fría. Desde su punto de vista Estados Unidos nunca ha perseguido sus propios intereses; por el contrario, está dispuesto a acceder a los requerimientos de sus aliados. Para apoyar este argumento se basan en la guerra en Kosovo, cuando presidentes y primeros ministros europeos escogían los blancos de ataque de los pilotos estadounidenses. De hecho, la guerra por poco fracasa por la falta de una adecuada línea de mando. Por ello, su postura es: "No vamos a pelear una guerra basada en permitir que Jacques Chirac o Gerhard Schroeder escojan nuestros blancos de guerra".

En el tercer campo ubicaría a Colin Powell, quien representa la línea de internacionalistas multilaterales.

Así que ahora existe una disputa por la esencia de la política exterior estadounidense y, en un sentido más amplio, por la esencia misma de los Estados Unidos de América. Esto será tema de un gran debate en la pr3xima elecci3n:  Cu l es el interés nacional de Estados Unidos? Con frecuencia se escucha de-

cir que cada país persigue su propio interés nacional. Es la clase de comentario cínico que a menudo es hecho para negar el concepto según el cual un país puede hacer algo de modo idealista. De acuerdo con esa manera de pensar, el Plan Marshall no fue buena voluntad, sino mero interés estadounidense. Y aunque la respuesta fuera que todos los países persiguen sus propios intereses nacionales, el meollo de la cuestión estaría, sin embargo, en cómo definen sus intereses nacionales: ¿estrecha o ampliamente?

Ésta es la pregunta a la que Estados Unidos se enfrenta hoy. Ésta será la pregunta que se va a debatir en la próxima contienda electoral, y todos seremos parte de ello. Creo que una de las cosas más importantes para los mexicanos es encontrar la manera de decirles a los estadounidenses cuál es el panorama que se vislumbra para México.

Estados Unidos podría hacerse un favor a sí mismo al cambiar de dirección su política exterior; en ese sentido, ustedes ganarían un voto, tanto como nosotros, en las próximas elecciones.